

con ello a un tipo concreto de reflexión, que se muestra capacitado tanto para dar razón de la compleja realidad en la que estamos situados, como para acceder a niveles prácticos en su argumentación.

Domingo HERNÁNDEZ

RÁBADE ROMEO, S.: *La razón y lo irracional*. Editorial Complutense, Madrid, 1994; 284 páginas.

La preocupación filosófica de Sergio Rábade se ha plasmado y vertebrado principalmente a través de la gnoseología: al estudio filosófico de los problemas del conocimiento ha dedicado la mayor parte de sus trabajos. Y lo ha hecho abordando *in recto* los problemas nucleares del conocer mismo y adentrándose en las obras de aquellos pensadores para quienes la cuestión primera y fundamental que ha de atender y resolver el quehacer filosófico no es otra que la del conocimiento. La sola consideración de algunos de sus libros así lo atestigua¹.

Como ha escrito Antonio M. López Molina, al estudiar las obras sistemáticas de Rábade, «las líneas fundamentales que constituyen la concepción más personal de nuestro autor acerca del *conocer humano*» giran «en torno a cinco conceptos que interpretan desde diferentes perspectivas los modos mediante los que el filósofo puede acercarse reflexivamente a este hecho. Tales son las categorías de *ser, conciencia, experiencia, cuerpo y razón*»².

De la «razón» no ignora el profesor Rábade que es un tema-problema que, por referirse –lo diré con palabras de Adorno– «a un momento idéntico dentro de lo no idéntico, a un momento unitario en lo diferente», tiene «tan pronto un significado único como también diverso»³. Es asimismo consciente de la tremenda empresa a que se enfrenta en el instante mismo en que se plantea qué es la razón, pues «siglos de reflexión –afirmaba Jaspers– no han agotado este gran tema de la filosofía, ningún saber sistemático le ha dado un tratamiento exhaustivo»⁴. Tanto de la plurivalencia como de los variados sentidos de que la historia ha dotado a la «razón» se ha hecho eco Rábade: La ambigüedad que ésta sufre «se origina fundamentalmente en unas nunca bien aclaradas relaciones entre el entendimiento y la razón»⁵.

¹ Cfr. «Bibliografía de Sergio Rábade», en *Anthropos*, 108 (1990), p. 24, y «Esbozo biográfico del profesor Rábade Romeo y la contribución de su pensamiento al desarrollo de la filosofía en España», en *Anales del Seminario de Metafísica*, Número Extra (1992), pp. 16-18.

² «Sergio Rábade Romeo: Razón y Experiencia (Elementos para una teoría general del conocimiento)», en *Anales del Seminario de Metafísica*, Número Extra (1992), p. 26. De las monografías que Rábade ha dedicado a la historia de la filosofía se ha ocupado Atilano Domínguez en «Contribución del profesor Rábade a la Historia de la Filosofía», en las pp. 69-85 de ese mismo número de *Anales*.

³ Adorno, T. W.: *Terminología filosófica*. Versión española de R. Sánchez Ortiz de Urbina, revisada por J. Aguirre. Taurus, Madrid, 1977, t. II, p. 77.

⁴ Jaspers, K.: *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo*. Traducción de L. Piossek. Sudamericana. Buenos Aires, 1957, pp. 43-44.

⁵ *Método y pensamiento en la modernidad*. Narcea, Madrid, 1981, p. 97. Líneas que siguen así: «Si se nos permite una explicación sumaria, cabe decir que el entendimiento pertenece a la razón como el principal elemento de la misma, pero el entendimiento no agota la razón, bien porque haya otras funciones pensantes que no son “intelectuales” –recordemos a Kant–, bien porque deba integrarse en la razón otra función no estrictamente cognoscitiva, pero sí “racional”, como puede ser, por ejemplo, la voluntad –en esta línea estaría Descartes–».

Equívocos a los que ha contribuido el hecho de que «la noción de razón ha sufrido, desde la no muy precisa noción del *lógos* griego, las más variadas inflexiones históricas»⁶.

Lo irracional —«tema “guadiana” en la propia evolución del pensamiento del Prof. Rábade», en expresión de López Molina⁷, y cuestión de la que ha hecho una «sutil puesta en evidencia», según indicación de Alain Guy⁸— es caracterizado por Rábade, hacia mitad de los 60, como «aquello que es inasequible para mi inteligencia, bien sea de un modo total, bien sea de un modo parcial»⁹; también lo entiende, por esas mismas fechas, como «un caso de limitación del conocer humano: el originado por la naturaleza de algunas realidades o aspectos de realidades por sí mismas impermeables a mi conocer»¹⁰.

* * *

Estas aproximaciones o incursiones que hallamos en anteriores trabajos del doctor Rábade van a aparecer reconstruidas histórico-sistemáticamente, con la necesaria y lógica mayor ampliación y profundización, en *La razón y lo irracional*. Tras dejar constancia, en la Introducción, de que no sólo pertenecemos sino que somos «una cultura que, por muchas excepciones que se quieran buscar —a bastantes de las cuales habremos de referirnos nosotros dentro del campo de la filosofía al hablar de lo irracional— se ha entendido, explicado y valorado a sí misma fundamentalmente como una cultura de la razón» (p. 9) y que es la filosofía un saber al que, «en mayor o menor grado, se le suele reconocer que es el *saber racional de la razón*» (p. 11); se dedican los capítulos I y II a determinar el concepto de «razón» y a dar cuenta de los presupuestos que permiten la presencia de lo irracional en filosofía: En cuanto a lo primero, reconocidas las muchas significaciones a que da cobijo el vocablo «razón», desde la perspectiva de la *ratio cognoscendi*, «podemos empezar distinguiendo cinco niveles básicos de uso y de significación del término razón. La razón como facultad, la razón como función cognoscitiva, la razón como un nivel de conocimiento, la razón como un conjunto de dinamismos o facultades superiores, la razón como conjunto de métodos y estrategias» (p. 20 y pp. 20-28 para la exposición de cada uno de ellos). Respecto a lo segundo, parece que, advertidos de la historicidad y ambigüedad de que adolece la propia «razón», no pueda pasarse de una enumeración de los principales presupuestos de la irracionalidad que «han de buscarse desde el lado del sujeto cognoscente, de sus “facultades”, de su dinamismo, así como desde la problemática de las relaciones entre ese sujeto y los objetos-cosas que se pretende conocer» (p. 34): los instintos, las pulsiones, el inconsciente, la voluntad; intuiciones, emociones, experiencia; fideísmo, escepticismo, voluntarismo, historicismo, vitalismo...; acogen supuestos concretos que exigen contar con elementos irracionales y designan sistemas que incluyen buena parte de la irracionalidad que conforma al ser humano.

Pero, dado que «razón, racionalidad, irracionalidad son tres caras de un mismo problema», «tres conceptos o nociones que van cambiando históricamente», han de «ser estudiadas de conjunto y en paralelo, tanto histórico como sistemático» (p. 12). A este estudio, hilado históricamente y nocional-sistemáticamente abordado, están dedicados

⁶ «La concepción kantiana de la razón en la dialéctica trascendental», en *Anales del Seminario de Metafísica*, XIII (1978), p. 9.

⁷ Art. cit., p. 27.

⁸ «La actitud crítica de Sergio Rábade Romeo», en *Anales del Seminario de Metafísica*, Número Extra (1992), p. 90.

⁹ *Verdad, conocimiento y ser*. Gredos, Madrid, 1965, p. 185.

¹⁰ *Estructura del conocer humano*, G. del Toro, Madrid, 1966, p. 258.

los nueve siguientes capítulos: desde «La razón y lo irracional en la filosofía griega» (cap. III) hasta «Lo irracional en el pensamiento contemporáneo» (cap. XI) asistimos al recorrido y análisis de las concepciones de la razón, con sus correlativos ámbitos de racionalidad e irracionalidad, en la cultura romana y el pensamiento cristiano medieval (cap. IV), en la modernidad (caps. V y VI), en la Ilustración y Kant (caps. VII y VIII), en el romanticismo y el posthegelianismo (caps. IX y X).

Reserva Sergio Rábade las páginas de los dos capítulos finales a la «definición» de una noción de lo irracional, el penúltimo, y a la racionalidad y la racionalización, el último. Establecidas algunas características condicionantes de lo que pueda tenerse por irracional (pp. 242-243) y distinguidas formas impropias, intermedias y rigurosas de irracionalidad (pp. 243-250), escribirá el autor: «No parece necesario insistir en que de lo irracional no podemos formular una noción positiva: ello supondría hablar de lo que no conocemos ni podemos conocer como si lo conociéramos. Sólo en el supuesto de que lo irracional no abarque también lo impensable, cabría, por analogía con el conocimiento, “pensar” de cierta manera positiva lo irracional. Pero, si reducimos el pensar a un cierto pensar sobre lo conocido, es decir, a un pensar sobre la realidad, esta relativa posibilidad positiva desaparece, debiendo atenernos a una simple noción negativa. Y, como toda noción negativa, ha de entenderse desde lo que niega, el conocimiento en este caso. Desde esta perspectiva cabe incluso decir que es muy fácil “definir” lo irracional: lo que no se puede conocer o pensar con sentido» (pp. 250-251). El libro se cierra con los que pueden ser considerados aspectos estático y dinámico de la razón, «la racionalidad en la que estamos» (p. 257) y la racionalización como «proceso o conjunto de procesos “fundantes” del conocimiento» (p. 258). Y, después de señalar los caracteres básicos de toda racionalización (pp. 258-260) e indicar sus formas-tipos (pp. 260-263), se analiza la racionalización mediante las categorías, pues «racionalizar es categorizar» (p. 264), y desde los primeros principios, «expresión de la función canónico-normante que atribuimos a la razón» (p. 269). Lo que da paso y permite, atendidos lo racional y lo irracional en los sistemas arquetípicos, arquitectónicos y voluntaristas (pp. 279-283), sentenciar: «Si entendemos la racionalidad como proceso de racionalización que obliga a dar razón de todas y cada una de las afirmaciones o tesis de un sistema, me parece evidente que, si no queremos caer en el viejo fantasma del proceso al infinito, hay que llegar a una primera afirmación, tesis, principio, intuición... que pueda, inmediata o mediatamente, dar razón de todos los demás, pero de la que no es posible dar razón. Con lo cual ese primer paso o fundamento sería irracional, no en el sentido de incognoscible o impensable, sino simplemente en el de substraerse a los cánones o procesos de la razón. Desde este planteamiento, que nos parece perfectamente legítimo, el último fundamento de la racionalidad sistemática es irracional» (pp. 283-284).

* * *

Reconocer el rigor y la claridad con que el profesor Rábade ha realizado el estudio de un *leitmotiv* filosófico lleno de penumbras y, por ello, necesitado de clarificación y precisión; agradecerle el que, dándolo a la imprenta, haya permitido conocerlo y apreciarlo; invitar a su lectura y estudio a quienes estén interesados por saber de una de las vetas tocadas por el claroscuro que recorren el subsuelo de nuestra cultura toda: de ahí una triple intención sin cuya expresión hubiera quedado incompleta esta reseña, en la que, *jam dicta*, puedo poner el punto final.